

de la «*téchne*», entre las que la más significativa es la política, a mera convención y consenso, postura que —como bien plantea el Ateniense en el libro X de *Las leyes*—, al desprenderse de todo respeto hacia los principios responsables de que la naturaleza sea como es —por ello el Demiurgo del *Timeo*, que es al Mundo lo que el político es a la Ciudad, representa una «*phúsis*» inteligente y técnica—, deja a la Ciudad en manos de un ateísmo que determina lo que en ella deba hacerse basándose en los intereses del más fuerte por más persuasivo. Platón encontraría, pues, otro camino distinto del protagórico para confirmar la disposición natural a la política, a saber, demostrando con ayuda de la hipótesis del Demiurgo divino o de la anterioridad esencial del alma sobre el cuerpo que la naturaleza es ya en sí misma técnica. Por tanto, si la «*téchne*» política —empleando un vocabulario más cercano a *El sofista* y *El político*— ha de ser la imagen de una «*téchne*» divina, la «*téchne*» de los sofistas no sería más que la imagen o copia falsa de aquélla.

Hay sin duda motivos para elogiar el interés depositado por Anne Balansard a lo largo de este estudio en —más allá de las diversas metodologías aplicadas en un trabajo de investigación de índole filológica y uno de índole filosófica— llevar a cabo una investigación mixta que aporte alguna novedad a ambos sectores académicos. Sin embargo, quizás el difícil ritmo de lectura de lo que suele entenderse por una tesis lleve a pensar que de una segunda vuelta sobre el mismo trabajo podrían esperarse varios beneficios, derivados, para empezar, del aligeramiento del peso de las citas y traducciones de Platón —se consigna un útil índice de los pasajes platónicos citados en las páginas finales del libro—, que sin duda aclaran y respaldan las tesis de la autora, pero también frenan innecesariamente el encadenamiento de los argumentos. En algunas ocasiones son las citas platónicas precisamente las que enfocan un más que probable punto flaco del estudio, a saber,

que a poco que se profundice en los textos resulta sin duda tan difícil como arriesgado alejar de las intenciones explícitas del pensamiento platónico el hacerse cargo de lo que quiera decir cabalmente un término como el de *téchne*, que en griego clásico remite a lo que sabemos de las cosas y a lo que sabemos hacer con ellas.—NURIA SÁNCHEZ MADRID.

MUÑOZ GARCÍA, JUAN JOSÉ, *Cine y misterio humano* (Madrid, Ediciones Rialp, 2003). 287 pp., 20 × 13,5 cm.

Este ensayo se abre con una frase de Julián Marías: «La gran potencia educadora de nuestro tiempo es, sin duda, el cine». Es la línea directriz de este trabajo, dirigido sobre todo a educadores, que pretende hacer una reflexión antropológica desde el análisis de un gran número de películas (unas 130, según el índice final). Desde la óptica filosófica de pensadores como Alfonso López Quintás, Zubiri, Goleman, Jacinto Choza y el ya citado Julián Marías, el autor construye un discurso de fácil lectura que aborda de un modo sistemático distintos aspectos de la misteriosa condición humana tal como la han ido presentado diversas películas cinematográficas. Tras una introducción sobre la persona y el valor antropológico de la literatura que ponen el marco conceptual, aborda la crítica de algunas películas al reduccionismo biológico y el peligro de la intervención humana en la naturaleza (como en *Parque Jurásico*), la posibilidad técnica de máquinas humanas (con pensamiento y sentimientos, como en *Blade Runner*), la posibilidad humana de alcanzar la verdad (*Matrix*), los instintos y el placer (como en *Ciudadano Kane*), el laberinto de los sentimientos y la racionalidad (como en *Sentido y sensibilidad*), el derecho a la intimidad (como en *El show de Truman*), los derechos humanos (como en *Solas*), el sentido del dolor (*Tierras de Penumbra*). Los educadores y los jóvenes encontrarán claves muy expresivas para

ahondar en la interpretación del misterio de la condición humana desde la reflexión crítica de muchas películas comerciales.—
LEANDRO SEQUEIROS.

ALBERT, HANS, *Racionalismo crítico* (Madrid, Síntesis, 2002). 238 pp., 14 × 24 cm.

Desde su tratado sobre la razón crítica, Albert no ha cesado de precisar su concepción filosófica, desde un diálogo constante con Popper y respondiendo a las diversas críticas de la hermenéutica y la fenomenología, de la teoría crítica y de la misma teología. En este volumen ofrece varios trabajos con el subtítulo de «Cuatro capítulos para una sátira del pensamiento ilusorio», precedida de un denso y buen prólogo de Ángeles J. Perona. El volumen, tras el prólogo y la introducción que ayudan a sintetizar su biografía intelectual y filosófica, se centra en los temas clásicos de «conocimiento, verdad y realidad» (para una crítica del pensamiento clásico y del pragmatismo), un segundo capítulo sobre «juicio de valor, derecho y orden social» (con una crítica del normativismo y la pura jurisprudencia) y un tercero sobre «Sentido, comprensión e historia» (en el que hace una crítica del historicismo y la hermenéutica). Como es habitual en sus anteriores trabajos, concluye con una reflexión, «Saber, fe y certeza de salvación», que permite la crítica de la religión y las concepciones religiosas del mundo. Un apéndice sobre «Ciencia y responsabilidad» se centra en la praxis racional de Max Weber y la razón total de la teología política, y un segundo apéndice se centra en la hermenéutica como lógica del actuar a cargo de Igor Zehrfasel.

No cabe duda de que Albert ha sido el gran sistematizador y difusor del racionalismo crítico, después de Popper. Tampoco se puede dudar de su decidida defensa de una filosofía inspirada en el falibilismo científico y la unidad metodológica de ciencias naturales y sociales, así como en la descalificación de los presupuestos trascendentes y hermenéuticos, que considera

como criptoteología. Este volumen recoge la constancia y también la impermeabilidad de su filosofía a las críticas recibidas, combinando el rigor racional, la crítica externa y una reserva a la autocrítica, que le impide reconocer la validez de una crítica reflexiva a su modelo basado en las ciencias. Sigue manteniendo la idea de una ciencia libre de valores, no sólo en cuanto toma de distancia respecto de los influjos sociales, sino como metodología centrada en las causas, que sería la forma pura del saber, rechazando lo que no entre en este esquema de darwinismo epistemológico. Estos estudios sirven de perspectiva sintética de su quehacer filosófico, sin que ofrezca novedades respecto de su producción anterior.—

JUAN A. ESTRADA.

FERRER, URBANO, *¿Qué significa ser persona?* (Biblioteca Palabra, S.A., Serie Pensamiento, n.º 21, Madrid 2002). 286 pp., 21 × 13 cm.

Son muy abundantes las recientes aportaciones españolas a la reflexión sobre la condición humana. En el número 223 de esta revista se presentaba la reseña del trabajo de Pérez de Laborda (2000) y son numerosas las referencias a estos temas. Puede decirse que nos encontramos en un momento de florecimiento en España del pensamiento antropológico. Dentro de la antropología filosófica, los estudios sobre la «persona» ocupan un lugar preeminente. Desde los tiempos ya lejanos (1928) en los que Max Scheler planteaba la instancia problemática del ser humano han sido numerosos los intentos de acercarse filosóficamente a ese término tan antiguo (desde Boecio) y tan complejo como es el estatuto ontológico de la realidad personal. El autor de este ensayo filosófico, el doctor Urbano Ferrer, ha ejercido la docencia de la Filosofía en España en la Universidad a Distancia (UNED) y en las Universidades Complutense y de Navarra. Desde el año 1984 es profesor de Ética de la Universidad de Murcia. Ha ampliado